



ENTRE EL TEMOR Y EL DESDÉN: CULTURAS, SUBJETIVIDADES Y SENTIDOS EN LA GUATEMALA CONTEMPORÁNEA DE LAS VIOLENCIAS DESBORDADAS

BETWEEN FEAR AND DISDAIN: CULTURES, SUBJECTIVITIES, AND MEANINGS OF OVERFLOWING VIOLENCE IN CONTEMPORARY GUATEMALA

Lorenzo Mariano Juárez¹

La violencia se muestra como un objeto inevitable en la etnografía contemporánea de Guatemala. A partir del análisis de diversos escenarios producidos durante el trabajo de campo realizado en las últimas dos décadas, este texto delimita los enfoques teóricos y modelos explicativos de las formas violentas que recrean una manera particular de estar en el mundo para gran parte de la población. A través de un ejercicio experimental de representación mediante diferentes viñetas etnográficas articuladas desde la posición del etnógrafo -varón, europeo, con capacidad para estar y dejar de estar en ese espacio social-, se cuestiona el alcance de la manera en que se abordan, en términos teóricos, las diferentes modalidades de violencia. El desafío de violencia se configura como rasgo cardinal del orden social, insertándose en los espacios intersubjetivos, dando sentido a emociones como “desdén” o “miedo” y orientando las prácticas y nuevas topografías del terror. La reflexión sobre la posición teórica del académico se configura como limitación para algunas de las conclusiones señaladas: la insuficiencia explicativa de categorías clásicas como “carácter desmovilizador” o “procesos de normalización” para describir una vida social donde la violencia se encuentra adherida en la piel, formando parte de la identidad del presente.

Palabras claves: Guatemala, violencia, etnografía, experimental, desborde.

Violence is an unavoidable object of study in contemporary ethnography in Guatemala. Based on the analysis of various scenarios produced during fieldwork carried out over the last two decades, this text seeks to delimit the theoretical approaches and explanatory models of the violent forms that recreate a particular way of being in the world for a large part of the Guatemalan population. Starting from the position of the ethnographer - male, European, with the capacity to be and not to be in this social space - I reflect on the way the different modalities of violence are being addressed in theoretical terms. The unbridled violence emerges as a cardinal trait of the social order, inserting itself into intersubjective spaces, giving meaning to emotions such as “disdain” or “fear” and shaping practices and new topographies of terror. Reflection on the theoretical position of the academic becomes a limiting factor for some of the conclusions drawn: the explanatory insufficiency of classic categories such as “demobilizing character” or “normalizing processes” to describe a social life where violence is deeply engrained, forming part of the present identity.

Key words: Guatemala, violence, ethnography, experimental, overflowing.

Geografías de la Violencia a Través de los Números

Los primeros años que siguieron a la firma de los Acuerdos de Paz en Guatemala estuvieron marcados por la esperanza de un futuro mejor¹. A finales del siglo XX los guatemaltecos soñaban con cerrar las heridas de un conflicto armado de cuatro décadas de duración, que dejó tras de sí doscientos mil muertos y muchos miles de desaparecidos y desplazados más (Comisión

para el Esclarecimiento Histórico [CEH] 2009). Aquellos sentimientos se han visto hoy sepultados por el peso de la violencia contemporánea y la situación de inseguridad que envuelven las culturas políticas del presente (López García y Mariano Juárez 2016; López García et al. 2009; Metz et al. 2010; Smith y Offit 2010). La geografía cultural del país se teje hoy a través de preciosos paisajes que son visitados por turistas, espectaculares volcanes, mercados coloridos, multitud de ONG y, también, las persistentes cifras de

¹ Departamento de Enfermería, Facultad de Enfermería y Terapia Ocupacional, Universidad de Extremadura, Cáceres, España. lorenmariano@unex.es, ORCID ID: 0000-0001-8483-7200.

violencia. El desencanto con las expectativas de los Acuerdos de Paz radica en la nueva configuración de ese estado de no-guerra definido por renovadas formas violentas. Las formas del terror vinculadas al contexto de Conflicto Armado (1960-1996) de finales del siglo XX -el Estado y el ejército frente a movimientos guerrilleros que sacudieron el contexto regional con un impacto desolador en la población, mayoritariamente indígena- han dado paso a un escenario de violencia política donde se interrelacionan contextos económicos y macropolíticos, las renovadas formas de control de las élites, el narcotráfico, el impacto de la violencia de países fronterizos como El Salvador u Honduras o las alarmantes cifras de malnutrición, a las que se añaden los efectos de la reciente pandemia de Covid-19. Aquella lejana esperanza sobre el fin de la violencia ha dado paso a la asunción de una presencia asfixiante, imposible de soslayar. Tal y como me explicó un taxista de la capital hace apenas un par de años atrás, “ahorita está mucho peor que antes”. Para un etnógrafo que la sobrevuela, varias semanas al año, la interpretación del impacto en el *self* cotidiano a partir del relato es siempre compleja. Debería subrayar, claro está, las diferentes posiciones desde las que se narran esas experiencias, pues el impacto de la violencia contemporánea puede ser mayor en los contextos urbanos, pero presenta una visión diferente desde cuerpos indígenas que encarnaron los peores momentos de la represión. Si no hay violencia, sino violencias, no podemos obviar que no se ejerce sobre una Guatemala, sino sobre diferentes cuerpos y posiciones sociales y culturales. Se trata de un contexto donde la observación participante es más observante para el etnógrafo; un privilegio la mayor parte de las veces.

Este texto se centra en la presencia ineludible de un continuum de violencia posconflicto en Guatemala, adentrándonos en su capacidad para construir cultura y las limitaciones metodológicas que se derivan de la posición particular que ocupa el etnógrafo en el campo. La violencia se encuentra inserta en los recovecos de la intimidad, recreando una cultura y una forma de estar en el mundo y, también, universos emocionales particulares. La descripción de esta particular topografía admite registros diversos. La retórica de los números es asfixiante. Por ejemplo, de acuerdo con los datos de ENCOVI (Instituto Nacional de Estadística de Guatemala 2015), en el año 2014:

De cada 1000 habitantes, 38 fueron víctimas de algún incidente de violencia en los últimos

doce meses. Al desagregar por incidente se obtiene principalmente que la tasa de victimización es mayor para robos, con 17 víctimas por cada 1000 habitantes, y para el asalto, con 12 víctimas por cada 1000 habitantes.

La cotidianidad de esta presencia en el relato de los números es constante en los últimos años. En términos comparativos, la cifra de 200.000 víctimas del Conflicto Armado se contrapone a una proyección para el mismo número de años de este periodo posguerra de más de 165.000 (González 2011). Los datos disponibles en el Instituto Nacional de Ciencias Forenses de Guatemala muestran un aumento de más del 10% de muertes violentas en 2022 respecto al año anterior. La sospecha lícita sobre la veracidad de los datos o las limitaciones para configurar todo el alcance de las formas violentas no impide rastrear el peso de su retórica: se producen 12 muertes violentas diarias, con más de 55 mujeres asesinadas al mes en el país. De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística, en 2019, al menos 61 de cada 10.000 mujeres fueron agraviadas por femicidio y otras formas de violencia en contra de la mujer. “143 mujeres fueron agredidas al día por femicidio y otras formas de violencia contra la mujer. En relación con el 2018 el número de mujeres agraviadas se incrementó en un 10%”. Chiquimula, el departamento donde he realizado mayor trabajo de campo, presenta unas cifras de 29,52 violaciones y 15,42 desapariciones por cada 100.000 habitantes entre 2021 y junio de 2022 (Instituto Nacional de Estadística de Guatemala 2022). La ENPEVI, Encuesta Nacional de Percepción de Seguridad Pública y Victimización -Enpevi 2018-, muestra también datos reveladores: la prevalencia de la victimización alcanza el 77,1% entre la población guatemalteca, con un 16% de la población de 18 años y más que ha sido víctima de al menos un delito entre noviembre de 2016 y octubre de 2017 (Viceministerio de Prevención de la Violencia y el Delito del Ministerio de Gobernación de Guatemala/InfoSegura PNUD 2019).

Empleo aquí el plural como expresión de la continuidad de las diferentes formas y categorías de violencia, en una aproximación abarcadora que incluye tanto las formas visibles como las invisibles presentes en la violencia política, la estructural (Gatlung 1969), la simbólica (Bourdieu 1999, 2000) o cultural (Gatlung 1990) o la violencia cotidiana o normalizada propuesta por Nancy Scheper-Hughes (1997). Autores como Rodgers y O'Neill (2012) han subrayado también la

tendencia a ignorar la infraestructura y los canales de relación que establece con la génesis de la violencia estructural, definiendo el concepto de *infrastructural violence* (violencia infraestructural) en un análisis de las relaciones de clase a partir de planeamientos urbanos y arquitectónicos. Todas se traspasan y relacionan en entramados y procesos culturales donde se dirimen las relaciones de poder y dominación.

El plural remite entonces al histórico, estructural y discursivo continuum en el que se desarrollan². Sin embargo, quiero subrayar aquí la necesidad de actualizar y profundizar en el debate terminológico: la realidad contemporánea de Guatemala quizás no pueda ser definida como la mera aritmética de las formas de violencia que los científicos sociales han trabajado en las últimas décadas y nos obligue a pensar en formas y categorías particulares para un tiempo particular. Ello debería tener en cuenta las cifras ligadas al narcotráfico (International Crisis Group [ICG] 2011; Restrepo y Tobón García 2011), la segunda posición en el índice de feminicidios (Muralles Bautista 2005; Sanford 2008), y las asociadas a las prácticas delictivas de las maras o las muertes violentas, robos o asaltos de la llamada delincuencia común. Pero también a la posición geoestratégica del país a la que antes me refería, incluyendo su definición como espacio de tránsito de personas y la cercanía de formas violentas en los países del entorno. O el impacto de robos o asaltos de la llamada delincuencia común y su relación etiológica con los procesos de empobrecimiento ligados a la economía de mercado contemporáneo o la posición de las élites³.

Relatos tras los Números. El Etnógrafo como Informante

Aunque es ya una frase muy manoseada, no deja de resultar aquí crucial: la estadística es la pericia de torturar a los números para que confiesen. Ofrecen un tipo de relato, pero no toda la historia. En ocasiones las usamos como los borrachos emplean las farolas: para apoyarse en ellas y no tanto para iluminar el lugar. Entre esas confesiones se escapan sentidos, lógicas y experiencias de aquellos que viven y sufren la violencia. ¿Qué nos dice y qué no nos cuentan entonces las cifras? Un relato muy extendido en Guatemala, y que valdría para otras muchas latitudes latinoamericanas, es el de que “la vida no vale nada”. Es sencillo escuchar el relato, por poner un ejemplo, que ahonda en la facilidad con que es posible perder la vida por un robo de un teléfono móvil que sale mal.

En esa particular retórica parecen condensarse todas esas cifras a las que antes me refería. Los relatos cuentan entonces una historia de violencias a grandes intensidades, de voltajes disparados. Empleando una expresión muy usual en Centroamérica, el asunto de la violencia “se salió del huacal”. Tal y como recogía el diario nacional *El Periódico*, el 16 de marzo de 2016:

La saña con que se está matando en Guatemala ya ha excedido los límites de nuestra imaginación... Se habla de iniciaciones macabras de pandillas armadas, de enfrentamientos entre capos y maras, de acciones desestabilizadoras del Estado paralelo, de respuestas violentas de cuerpos ilegales o aparatos clandestinos de seguridad y de psicópatas que matan por placer... (*El Periódico*, marzo 2016).

La reflexión de los tres últimos lustros sobre esta cuestión de violencias que exceden “los límites de nuestra imaginación” se adjetivan bajo la idea de “desborde” (Little y Smith 2009; López García et al. 2009; López García y Mariano Juárez 2016). La visión tradicional de la violencia propuesta por Nordstrom y Robben (1995) al enfatizar su naturaleza “escurridiza” es innegable para aquellos que afrontan su análisis y representación. Sin embargo, en la realidad cotidiana y discursiva de algunas regiones latinoamericanas, y especialmente Guatemala, el carácter más notable sería cierta capacidad “adherente”: una forma pringosa que se fija a todos los recovecos de la vida social sin que pesen sobre ella las distinciones y categorías tradicionales para los tiempos de guerra. Las narrativas de violencia durante el conflicto armado en Guatemala parecían exceder la “realidad”, tal y como le comentó a Sheldon Annis un amigo novelista acerca de su relato etnográfico sobre la violencia en un pueblo kaqchikel: “No podía ser ficción, hay demasiadas muertes. La trama es demasiado tenue para sobrellevar tantas personas muriendo” (Stoll 2008). Esa capacidad para separar la ficción de la realidad parece también un rasgo distintivo de estos tiempos asaltados por las violencias.

No es de extrañar que este contexto cultural acomode las subjetividades y las emociones de los sujetos alrededor de sentimientos y emociones como el temor y el miedo. En la medida que la presencia de estas formas de violencia configura una cultura política particular, la intimidad del *self* y las prácticas derivadas se organizan ante la previsibilidad del mal,

organizando el mundo emocional, la intersubjetividad y las prácticas de los individuos. El miedo, como han señalado algunos trabajos etnográficos (Green 1999; Nielsen 2014), como una forma de vida y un actor protagonista en el escenario cotidiano. La mayor parte de la etnografía que sustenta esta investigación procede del trabajo de campo realizado en el oriente de Guatemala⁴, en Chiquimula y Zacapa, con experiencias urbanas de la capital. Esta región ofrece algunas particularidades respecto a la memoria del conflicto armado, que fue menos acusado en la década de 1980 de lo que había sido años antes, cuestión abordada al analizar las causas contemporáneas desde una aproximación genealógica (Metz et al. 2010). La situación fronteriza y el impacto cotidiano del narcotráfico (el tránsito de mercancías y personas) son cuestiones particulares de esta región, y que se traducen en las formas violentas de la cotidianidad, como veremos a continuación. El oriente del país se configura en el imaginario como espacio de violencia. Ha vinculado la idea de hombría explicitada en la imagen de “pistola en la cintura”. En el contexto indígena, se ha documentado la persistencia de violencias con machete o el impacto creciente de los linchamientos en los primeros años del siglo XXI (Mariano Juárez 2015).

También, no obstante, la construcción de la intimidación traspasa esos mundos emocionales, y la “normalización” de las violencias se traduce en juegos del lenguaje, ideologías y retóricas que tienden al desdén de la violencia: cosas que les pasan a otros que andan metidos en cosas que no deben, a los que no tienen cuidado, acontecimientos sobre los que también cae el humor o el sarcasmo. En cierta medida, en no pocas ocasiones lo que sucede es una minimización del riesgo y del impacto de la violencia, como si fuera imposible digerir de otra forma las cifras y las intensidades. Pareciera como si los mecanismos culturales y psicológicos que operan en esta ambivalencia contribuyeran a cierta pacificación de la vida social y fueran un elemento crucial de ese proceso de normalización de la violencia, aunque esto es mucho aventurar para algo más que una hipótesis. Para ilustrarlo, voy a proponer aquí algunos retazos de mi diario de campo en Guatemala, donde realizo investigación de manera continua desde el año 2004. Las transferencias entre el temor y el desdén también forman parte de la biografía del etnógrafo y creo que aportan, además, un material empírico sobre el que hacer descansar los análisis. Desde aquella primera estancia, la sensación de peligro entre mis familiares

y amigos, alertados por el discurso mediático, no ha hecho más que aumentar. Las advertencias se vuelven cotidianas, cuídate, que es un lugar muy peligroso, a ver dónde te vas a meter. Mi respuesta en estos años ha variado poco: no es para tanto, para sentenciar con el argumento de la experiencia: yo nunca he tenido problemas con la violencia. Solo hay que ser cuidadoso con algunas cosas. El desdén⁵.

Esas negaciones, no obstante, contrastan con la evidencia de los diarios de campo. Es imposible trabajar en Guatemala y no toparse de bruces con diversas formas de violencia. Cuando repasaba la literatura etnográfica clásica sobre la región *ch'orti'* donde iniciaría mi trabajo de campo, la violencia, más allá de las formas ritualizadas, parecía una cosa sin apenas presencia. Hasta hace poco, algunos trabajos (Metz 2006; Metz et al. 2010) han intentado mostrar el impacto del conflicto armado en la región. Pero como decía, la violencia era un asunto marginal en las descripciones etnográficas de la vida cotidiana. Aún me recuerdo leyendo sobre la forma de los indígenas *ch'orti'* de dejar el machete “en posada” nada más llegar al mercado de Jocotán los domingos. Se trataba de una práctica preventiva que evitaba los peligros de mezclar alcohol y machete, disminuyendo así una de las formas de violencia tradicionales, las peleas con machete. Mi trabajo de campo se inició entre camas de hospital y consultas médicas que atendían a niños aquejados por la desnutrición. Los censos de muerte y la epidemiología de la malnutrición hacen imposible desligar la realidad de una forma de violencia que deja tras de sí, cada año, cifras de fallecidos y tanto sufrimiento. La violencia en ese contexto, aprendí pronto, también es simbólica, recreando escenarios de asimetrías políticas a través de etiquetas y distinciones como “ayudados” o “donadores” (Mariano Juárez 2014). Un cartel ajado por el tiempo en la entrada del dispensario Bethania es hoy un ejemplo inmejorable de esas formas de violencia. Es lo que queda de un proyecto de cooperación que permitía a los buses turísticos que hacían la ruta Antigua-Copán hacer una parada a conocer el dispensario, tomar un refrigerio y dejar algo de dinero. La violencia de una práctica neocolonialista que fotografiaba ruinas: piedras mayas y niños aquejados de desnutrición.

Por supuesto, también la violencia política y estructural se ha mostrado de forma diversa en todos estos años. Incluye relatos de mujeres golpeadas de manera cotidiana por sus esposos, por citar uno de esos terribles y cotidianos ejemplos. Quiero destacar aquí un caso que se ancla en un género distinto,

igualmente terrible y vergonzoso. Un testimonio que recogí en 2007, conversando con una anciana *ch'orti'* en Suchiquer, una comunidad de Camotán. El relato giró hacia el itinerario terapéutico de uno de sus nietos, aquejado de desnutrición, y que acabó muriendo por una obstrucción intestinal por parásitos. “Le brotaban gusanos por las orejas”, me comentó aquel día. Cuando uno comprueba, como hice aquel día, el coste del fármaco más indicado para tratar ese problema, vislumbra de manera clara la forma en que se presentan las violencias en la región. El tratamiento para evitar aquella muerte no alcanzaba los dos dólares. La abuela relató los hechos con la precisión aséptica con la que se sutura en un quirófano. El tono de la plática dice tanto o más que los hechos.

El lector podría argumentar que los casos hasta ahora señalados afectan “a otros”, al etnógrafo de manera tangencial, de forma más empática que carnal. No siempre es así. Aún recuerdo muy bien la extraña sensación que tuve en la primera estancia en el oriente de Guatemala, paseando con un amigo que me enseñaba los diferentes barrios de Jocotán. Al doblar una calle, bajó la voz y me señaló en la distancia al que en el pueblo conocían por sus trabajos como sicario, narrando algunas de sus andanzas para acabar silenciando la voz cuando pasamos por delante de él mientras mirábamos para otro lado. Aquel hombre es ahora un pastor evangélico en una cárcel del país, con decenas de muertos sobre sus hombros. El mismo a quien había que saludar al cruzarse por la calle, y para quien ocupábamos -mi amigo y yo- lugares diferentes.

La relación con las violencias se volvió más cercana las semanas en que apareció el cadáver de una niña que había desaparecido en el vecino pueblo de Camotán y todos los acontecimientos que se desarrollaron después: detención ilegal de varias sospechosas, interrogatorios varios en plazas, linchamiento que acabó con el asesinato de una de ellas, enfrentamientos con la policía que incluyeron la quema de patrullas y la comisaría (Mariano Juárez 2009).

Durante la primera de aquellas intensas jornadas, movido por el puro interés etnográfico, apuré la observación del grupo que retenía a una de las sospechosas. La madrugada avanzaba cuando sentí de improviso, por detrás, una mano sobre mi hombro. Entre olor a alcohol, las palabras brotaron de su boca: “¿Será esta una buena noche para que también muera un español?”. Unos días después, en Camotán, secuestraron a dos personas cerca de la plaza del pueblo, que aparecieron muertas poco después. Un

amigo jocoteco me advirtió agitado nada más verme: “¡Andan secuestrando a adultos también, en esta región ya no se puede estar seguro!”.

En estos años, a cada vuelta al campo me informaban con pesar, pero también con la fatiga del cronista, de los nuevos acontecimientos violentos. El asesinato de una tía por una bala perdida en un asalto, la muerte por un accidente de una niña con una pistola disparada por error, la balacera que acabó con un líder comunitario, los peligros de las balas frías que caen de los disparos al aire por entretenimiento de los narcos, la enfermedad de alguien en las aldeas *ch'orti'* para quien no llegó la ambulancia o la desatención en el hospital... La violencia asaltando la cotidianidad. No es de extrañar que la irrupción del llamado caso Rosenberg en 2009 fuera motivo de conversación durante meses en el país. Rodrigo Rosenberg era un abogado que fue asesinado a tiros cuando paseaba en bicicleta, el 10 de mayo de aquel mismo año. Con su muerte, se publicó un video que se convertiría en un terremoto institucional: “Buenas tardes. Mi nombre es Rodrigo Rosenberg y lamentablemente, si ustedes están viendo y oyendo este mensaje, es porque fui asesinado por el señor presidente, Álvaro Colom, con la ayuda de don Gustavo Alejos”. Traigo aquí la dificultad de la distinción entre ficción y realidad como rasgo de esas violencias que se insertan en la cotidianidad a la que antes me refería; en enero del año siguiente, la Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala (CICIG), liderada por Carlos Castresana, hacía públicos los detalles de la investigación que había puesto en marcha: el abogado había ordenado su propia muerte. A pesar de la potencia de las pruebas, aún hoy muchos se empeñan en defender la idea de que nunca se sabrá lo que pasó de verdad. En lo que se refiere a violencias, en Guatemala cualquier cosa es posible.

El género de las violencias parece ilimitado. Traigo aquí uno más con la historia de un indígena *ch'orti'*, uno de los primeros en intentar el sueño de la migración a “los estados” (Estados Unidos). Sobre la dureza de esos desplazamientos y la persistente presencia de la violencia ha dado sobrada cuenta la etnografía de los últimos años (Rivero Jiménez 2018). Aquí me voy a centrar en la vuelta, en los procesos de acomodo de los migrantes que regresan. En el caso de don Luis, había hecho algo de dinero que le permitiría comprar un pedazo de milpa o incluso aventurarse a algún negocio, como habían hecho otros. Lo difícil era otra cosa, según nos contó: se había dado cuenta de que “ahorita no le gustaban las mujeres de la comunidad”.

Ese *continuum* de violencias en tiempos de paz se vuelve enmarañado en las causas y con impactos en diversos niveles de construcción del *self*: la deriva de los procesos migratorios intersecciona en la política cultural de las emociones indígenas tradicionales y las nuevas formas de violencia que afectan, de alguna manera, los modos autoritarios del deseo y las relaciones que se derivan.

Estas historias de “presencia” clara de las violencias y su impacto en la cotidianidad también incluyen, como decía, cierto desdén hacia ellas. Quizás nada ejemplifique mejor ese estado ambivalente como lo que genera la presencia del narco. En la zona donde he trabajado se es bien consciente de los peligros que esta presencia puede acarrear, pero contrasta con la naturalidad y el desdén con que se incorpora a la vida cotidiana. Los padres preguntan a sus hijos que quién es la Camila con la que van a salir y aquellos responden que la hija del narco. Las conversaciones y las cantinas se llenan de bolsillos con fajos de billetes, de *naringotazos* cotidianos, de relatos donde explican cómo en las fiestas de los narcos es común que alguien acuda a los institutos a alquilar “culitos” a cambio de ciertas cantidades de dinero. Cuando he preguntado por esta práctica en Chiquimula, la gente comenta con la naturalidad de lo que es como es, muchas veces solo para indignarse cuando la edad de la menor es verdaderamente corta, o cuando se hace en contra de la voluntad de las adolescentes. Como si la categoría “voluntad” no fuera difícil de situar.

En un par de ocasiones, casi sin ser consciente, he acudido a fiestas cuyos organizadores están relacionados, así me lo explicaron más tarde mis amigos, con el narco. Coronitas, mariachis, Buchanan’s Scotch, parrilladas inmensas y pistolas en los cintos, a los que se acude con la familia, con los hijos pequeños. Insertos, decía, de manera natural en la cotidianidad. Frente al temor imaginado del etnógrafo -un tanto lejano, de esa manera lejana en que se puede vislumbrar la caricia de la brisa al imaginar un atardecer en la playa- de verse envuelto en un hecho violento, el resto de participantes respira, con calma aparentemente ajena, por encima de esas presencias violentas, o de la probabilidad de las mismas.

En efecto, cuando niego a familiares y amigos la violencia del contexto donde hago trabajo de campo, estoy de alguna manera faltando a la verdad, o de modo más preciso, situándome en ese espacio emocional de lo no incoado derivado de la presencia asfixiante de las violencias.

Emociones y Culturas Políticas Entre el Miedo y el Desdén. ¿Más Allá de la “Normalización” de las Violencias?

No puede negarse que hay muchas diferencias entre la violencia percibida y vivida por el etnógrafo en el campo y la que perciben y viven aquellos para los que construye su cotidianidad. Más allá del reclamo a las ventajas analíticas de una posición de distancia cultural, defiendo que ese paralelismo sirve como argumento para la tesis que sostengo en este texto: necesitamos profundizar en las categorías con que definimos las intersubjetividades y emociones con que se lidia en el contexto contemporáneo de las violencias desbordadas. Y requiere, soy consciente, un análisis más denso que esta visión generalista que se presenta en este texto, planteado en términos de análisis categórico sobre el que trabajar.

En otro lugar he apuntado hacia los mecanismos que se encuentran detrás de estas formas de violencia contemporáneas, apuntando a una mezcla compleja de las tesis continuistas que subrayan la herencia del terror con las nuevas ideologías y prácticas insertas en el escenario contemporáneo de la globalización capitalista (Mariano Juárez 2015)⁶. La Guatemala previa a la firma de los Acuerdos de Paz constituía un ejemplo de sociedad violentada, “a quemarropa”, sangrante por los estragos de un conflicto armado de tanta duración. La presencia de la violencia -real y discursiva- había circunscrito una sociedad marcada por la delación y una cultura política anclada en el terror y el militarismo, donde se hacía válida la máxima con que el escritor nicaragüense y exiliado político Enrique Guzmán describió la Guatemala de finales del siglo XIX, un lugar donde “hasta los borrachos eran discretos”. Puede inferirse, especialmente para las zonas donde las formas de la violencia se volvieron tan intensas como cotidianas, que el miedo delimitara gran parte de las prácticas y la ideología: el legado de figuras como la del comisionado militar creada por Jorge Ubico se relaciona con los estragos causados por la instauración de las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC) en los primeros compases de la década de 1980 (CEH 2009; Remijnse 2002)⁷. La estrategia del Ejército de involucrar a la sociedad civil en el conflicto armado no solo contribuyó al adelgazamiento del Estado, sino a reforzar esa sociedad militarizada (CEH 2009; Schirmer 1998), definida por el control, el vigilantismo y el miedo.

Desde la década de 1980, las ciencias sociales abrazaron con fervor el “giro narrativo” y la explosión de las subjetividades como fértiles campos de cultura, dando por concluida la negación del sujeto propuesta por el estructuralismo. En este contexto emergería también eso que Wieviorka (1998) llamó la era de la memoria, la era del testimonio, cuando las aproximaciones sobre la violencia -desde luego en Latinoamérica- encontraron rápido acomodo a la par que se producían las nuevas olas de democratización y se ponían en marcha los programas de restablecimiento de la memoria. Hasta hace no mucho tiempo, esta antropología de la memoria ha tendido a ver el pasado en términos de “quitas” y no tanto de capitales, recreando el presente bajo un repertorio de trabas y obstáculos, un campo plagado de minas donde cada paso queda lastrado por el recuerdo, por la incertidumbre del que se sabe en terreno incierto. Por medio de conceptos como trauma histórico (Wesley-Esquimaux 2007) o sufrimiento social (Das et al. 2001), parecen sentarse las bases de un iluminador andamiaje teórico que amenaza también con opacar las actuales relaciones asimétricas del poder y las características que definen esas formas contemporáneas en los modelos explicativos del presente⁸.

Hay un indicio que parece señalar la ruptura de las viejas y las nuevas formas de violencia, es decir, sus lógicas y significados. Hasta finales del siglo pasado, la violencia se constituía como “la herramienta y la cura” que mediaba en la construcción de un cuerpo político incapaz de hacer frente a la diversidad y el recurso de las clases dominantes en su empeño por mantener el statu quo. Y bajo esa fuerza ideológica, la paz, por así decirlo, era aún el orden natural de las cosas. El presente parece mostrar al Estado incapaz de lidiar con la presencia desbordante e invasora de la violencia, que se adhiere a sus estructuras, a la vida cotidiana, configurando una cultura política donde la predictibilidad de la violencia es un elemento performativo de primer orden. Y curiosamente, el mundo emocional de los sujetos, ante esta intensificación y desborde de las violencias, no es arrinconarse en el terror y el miedo, sino ese espacio por incoar entre el miedo y el desdén al que antes me refería.

Es necesario abordar las prácticas concretas para delimitar de forma analítica ese escenario. Y repensar, también, nuestras propias categorías. Entre ellas, me quiero referir aquí al uso demasiado extendido que le damos al concepto de normalización. La mayor parte de definiciones han subrayado el carácter invisible

e invisibilizado de estas formas violentas, aceptadas entonces como parte de la vida cotidiana. Menjívar, por ejemplo, apunta a cómo la incorporación en la vida cotidiana se transforma en normalización y “*it is through this normalization that dehumanization becomes possible and suffering becomes invisible*” (Menjívar 2008:133).

Pero esto no es del todo así, y no lo es para muchas de las formas contemporáneas de violencias. Las personas, al transitar en ese espacio entre el miedo y el desdén, no dejan de ser muy consciente de las mismas. Los antropólogos y los psicólogos sociales quizás tengan mucho que decir sobre la construcción de estas formas emocionales de intersubjetividad, pero no podemos contentarnos con modelos explicativos que nieguen la conciencia de los sujetos para con muchas de las formas violentas contemporáneas. Intuyo, sin embargo, que no es suficiente con el reclamo a la “naturalización”, sino trabajar ese complejo contexto no-incoado en el que opera; se sabe que la violencia está presente, pero se pelea por obviarla, por dejarla de lado, incluso por jugar -en términos culturales- con ella.

En este modelo de análisis, debemos apuntar hacia variables estructurales y características de las formas violentas, y la relación con las culturas políticas que recrean.

Tal y como ha señalado Appadurai (2007:50) en relación con las formas emergentes del terror de principios del siglo XXI, igualmente válido en Guatemala, las nuevas formas de violencia se caracterizan por ser “celulares” y comportar una agresión epistemológica al atacar los dos principios fundamentales más preciados: uno, que la paz es el indicador natural del orden social, y dos, que el Estado-nación es el garante y el receptáculo natural de ese orden. Negar estos hechos nos impide un análisis adecuado de ese espacio emocional no-incoado al que me refiero aquí. El Estado no es hoy el garante de la paz, y las formas violentas se construyen como parte de ese estado natural, con un impacto evidente en la forma de relacionarse con ellas. Las repercusiones para la vida social y la cultura política resultan, no obstante, cuantiosas. Señalaba antes que un rasgo predominante de estas violencias es su carácter “adherente”, pringoso, ocupando y emponzoñando los espacios de sociabilidad, la experiencia cotidiana y la cultura política del Estado. Quizás estas siempre fueron notas de la presencia asfixiante de la violencia, pero a diferencia de otros instantes, definidos como tiempos de guerra, hoy son los tiempos de la cotidianidad. La

metáfora del glaciario (López García y Mariano Juárez 2016) es aquí pertinente: la violencia se incrusta de manera inexorable en los espacios tradicionales, ocupando campos sociales, económicos y políticos. Y como no puede ser de otra forma, negociando de manera cotidiana los ámbitos emocionales del *self* en esos contextos de violencia.

Reguillo (2007) ha propuesto la noción de “paralegalidad”, una forma de espacio “vacío” que dejan las instituciones tradicionales, se ve colmada con la presencia de la violencia, sus prácticas y representaciones. De acuerdo con ella, allí se genera un orden paralelo con sus propias normas, códigos y rituales. En los nuevos paisajes de la violencia, los ámbitos emocionales del *self* también se incorporan en ese nuevo orden. Imaginemos los espacios urbanos actuales, delineados por la tinta plomiza del desborde. Hoy se marcan “zonas rojas” o mapas que representan espacialmente los actos de violencia. A la par que el alambre de espinos separa condominios, las prácticas, representaciones y los mundos emocionales deambulan entre la conciencia de una violencia inevitable y la asunción que es necesario seguir viviendo. Las formas violentas no solo derrumban el andamiaje institucional, sino que abordan lo íntimo de la experiencia cotidiana, apretando y adelgazando el espacio público y la sociabilidad más allá de las casas. Por supuesto, esta idea de violencia atacando la organización del Estado como forma antagónica de un Estado represivo debería ser completada con matices: buena parte de la violencia contemporánea es también ejercida y liderada desde formas institucionales o las prácticas de una élite -económica, pero también aún militar- que se acomoda a nuevas formas organizativas. Como si ese espacio intersubjetivo emocional se moviera de manera pendular, las expresiones de la potencia de las violencias se vuelven cotidianas. Conducir por alguna de las calles de la ciudad de Guatemala es enfrentarse a esa nueva cotidianidad en carteles que explican el tráfico pesado de la tarde: “7^a avenida cortada por balacera. Desvíe en la siguiente salida”. Pero, a diferencia de los contextos de guerra, la *inviolentación* de la vida cotidiana se expresa también en prácticas y representaciones de cierto desdén, de una naturalización consciente de los efectos, pero sobre las que hay que ofrecer resistencia⁹. Mbembe (2003) se refería a un tipo de contexto donde el orden (regularidad, predictibilidad, rutina) estaba organizado en torno al hecho o la probabilidad de la violencia. Algo semejante a lo que relataba Brent Metz (2009) para una región del oriente de Guatemala, donde los ancianos *ch’orti* creen que la violencia política era el estado natural de las cosas. En esos contextos, el péndulo gira de manera necesaria

hacia una dirección alejada del miedo. Los autobuses son peligrosos, pero no todos pueden ser evitados. Entonces es necesario tomar las precauciones necesarias -temor-, pero también se dialoga con esa realidad -llevando por ejemplo un móvil más viejo y barato cuando se sale de casa- e incluso bromeando sobre estas prácticas -“esos que roban ya lo saben y te piden el bueno cuando le das el chafa”.

La visión tradicional del carácter desmovilizador de la violencia también debe ser puesta en cuestión. En realidad, el tipo de “adherencia” de la violencia contemporánea lo liga de forma inevitable a los procesos de construcción identitarios y el carácter performativo de la violencia resulta innegable. Y para parte de las geografías latino americanas del presente, valdría la cáustica y dramática afirmación de Gourevitch sobre Ruanda: “El genocidio, después de todo, es un ejercicio que construye sentimiento de comunidad” (Appadurai 2007).

A Modo de Conclusión

El análisis de las formas violentas del presente en la Guatemala posconflicto ofrece una realidad tan desbordante como difícil de aprehender. Las categorías teóricas tradicionales en que se clasifican las múltiples violencias se entrelazan en presencias que ocupan la mayoría de los intersticios comunitarios y delimitan formas de estar en el mundo. Se trata de prácticas violentas que se comportan de manera celular, pero la etiología es compleja: la herencia de culturas políticas heredadas en el conflicto armado se conjuga con otros elementos como el peso del narcotráfico, la violencia de las maras, los flujos de migración o el impacto de las relaciones impuestas por el mercado, por citar algunos. En ese proceso de desborde, distinciones tradicionales como tiempos de guerra y tiempos de paz disminuyen su capacidad explicativa. De igual manera, aspectos clásicos del trabajo teórico sobre las violencias, como su carácter desmovilizador, son puestos en cuestión al entender su capacidad performativa, que incluye los procesos de construcción de identidad. El desdén como práctica cultural implica el reconocimiento -no la invisibilización por cotidianidad- y la reorganización de las prácticas culturales alrededor de su inevitabilidad. Ese carácter performativo nos obliga a pensar los procesos dialogales entre cultura y experiencia para poder abordar de manera crítica los ámbitos emocionales de aquellos que viven y sufren la violencia. La negación de la cotidianidad, el sarcasmo o el desdén con el que se relacionan, precisan hoy de análisis más sosegados que aquellos que arrinconan la complejidad en miedos,

temores o procesos de naturalización del sufrimiento. Lo delicado del asunto requiere de manera imperativa que sea así.

Igualmente necesario para el tono de cierre es subrayar la incertidumbre derivada del método. El texto persigue ofrecer un análisis del contexto de desbordamiento en la vida cotidiana guatemalteca a través de un esfuerzo discursivo marcado por la experimentación: a partir de un ejercicio textual de deslocalización/ubicación omnipresente a partir de viñetas etnográficas que pretenden situar al lector en contextos desiguales marcados por esa cotidianidad de formas violentas. Este intento experimental puede chocar con las bases tradicionales y la necesidad, en

palabras de Raffles (2002), de “conocimiento íntimo” que requiere la etnografía, situando los materiales empíricos en contextos relacionales de teoría y posiciones de poder. Conviene recordar que la generación de teoría a partir de esta etnografía no puede desligarse del hecho de que la experiencia del etnógrafo se configura como autor privilegiado que puede “transitar por encima” de esas violencias, cuestión central que limita y sesga sus análisis.

Agradecimientos: Me gustaría agradecer el trabajo de los evaluadores de este manuscrito. Gracias por los comentarios y reflexiones que enriquecieron notablemente el trabajo original.

Referencias Citadas

- Appadurai, A. 2007. *El Rechazo de las Minorías: Ensayo Sobre la Geografía de la Furia*. Tusquets, Barcelona.
- Benson, P., E.F. Fischer y T. Kedron 2008. Resocializing suffering: Neoliberalism, accusation, and the sociopolitical context of Guatemala's New Violence. *Latin American Perspectives* 35 (5):38-58.
- Bourdieu, P. 1999. *La Miseria del Mundo*. Akal, Madrid.
- Bourdieu, P. 2000. *La Dominación Masculina*. Anagrama, Barcelona.
- Burgos-Debray, E. 1983. *Me Llamo Rigoberta Menchú y Así Me Nació la Conciencia*. Casa de las Américas, La Habana.
- Carmack, R.M. (ed.) 1988. *Harvest of Violence: The Maya Indians and the Guatemalan Crisis*. University of Oklahoma Press, Norman.
- Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH) 2009. *Guatemala: Memoria del Silencio*. <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/guatemala-memoria-silencio/guatemala-memoria-del-silencio.pdf>.
- Das, V., A. Kleinman, M. Ramphel, M. Lock y P. Reynolds (eds.) 2001. *Remaking a World: Violence, Social Suffering, and Recovery*. University of California Press, Berkeley.
- Faubion, J.D. y G.E. Marcus 2009. *Fieldwork is not What it Used To Be: Learning Anthropology's Method in a Time of Transition*. Cornell University Press, Ithaca.
- Fischer, M.M.J. 2003. *Emergent Forms of Life and the Anthropological Voice*. Duke University Press, Durham.
- Gatlung, J. 1969. Violence, peace and peace research. *Journal of Peace Research* 6 (3):167-191.
- Gatlung, J. 1990. Cultural violence. *Journal of Peace Research* 27 (3):291-305.
- González, M. 2011. *Violencia en Guatemala. Estudio Estadístico en 5 Departamentos: Chiquimula, Guatemala, Petén, Quetzaltenango y San Marcos*. Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala (ODHAG), Ciudad de Guatemala.
- Green, L. 1999. *Fear as a Way of Life: Mayan Widows in Rural Guatemala*. Columbia University Press, New York.
- Instituto Nacional de Estadística de Guatemala 2015. *Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (ENCOVI) 2014*. Ciudad de Guatemala.
- Instituto Nacional de Estadística de Guatemala 2019. *Memoria de Labores. Guatemala. 2019*. <https://www.ine.gob.gt/ine/wp-content/uploads/2020/04/Memoria-2019.pdf>.
- Instituto Nacional de Estadística de Guatemala 2022. *Violencia en Contra de la Mujer. Estadísticas por Tema. 2022*. <https://www.ine.gob.gt/estadisticas/bases-de-datos/violencia-en-contra-de-la-mujer/>.
- International Crisis Group (ICG) 2011. *Guatemala: Narcotráfico y Violencia*. ICG, Bruselas.
- Kelly, L. 1988. *Surviving Sexual Violence*. Polity Press, Cambridge.
- Le Bot, Y. 1995. *La Guerra en Tierras Mayas: Comunidad, Violencia y Modernidad en Guatemala (1970-1992)*. Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Little, W.E. y T.J. Smith (eds.) 2009. *Mayas in Postwar Guatemala: Harvest of Violence Revisited*. University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- López García, J., S. Bastos y M. Camus (eds.) 2009. *Guatemala: Violencias Desbordadas*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba.
- López García, J. y L. Mariano Juárez 2016. Violencias Contemporáneas y Cultura Política en la América Latina del Siglo XXI. En *Las Culturas Políticas en América Latina: Entre el Autoritarismo y la Democratización (1930-2012)*, editado por M. Casaus Arzú y M. Macleod, pp. 67-92. Marcial Pons, Zaragoza.
- Marcus, G.E. 2013. Experimental forms for the expression of norms in the ethnography of the contemporary. *HAU: Journal of Ethnographic Theory* 3 (2):197-217.
- Mariano Juárez, L. 2009. Violencias eventuales en la cotidianidad de las violencias. Una etnografía de los linchamientos de Camotán y Jocotán. En *Guatemala: Violencias Desbordadas*, editado por J. López García, S. Bastos y M. Camus, pp. 239-268. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba.
- Mariano Juárez, L. 2014. *Las Hambres en la Región Ch'orti' del Oriente de Guatemala. Cultura, Política y Representación en los Diálogos de la Cooperación y el Desarrollo*. Grupo G9 Universidades, Madrid.
- Mariano Juárez, L. 2015. Violencias de ayer, violencias de hoy. Lógicas y sentidos culturales del desbordamiento en la

- Guatemala contemporánea. En *Dinosaurio Reloaded. Violencias Actuales en Guatemala*, editado por J. López García, S. Bastos y M. Camus, pp. 19-37. FLACSO y Fundación Constelación, Ciudad de Guatemala y Jalisco.
- Mbembe, A. 2003. Necropolitics. *Public Culture* 15 (1):11-40.
- McNeish, J.-A. y O. López Rivera 2009. The ugly poetics of violence in post-accord Guatemala. *Forum for Development Studies* 36 (1):49-77.
- Menjívar, C. 2008. Violence and women's lives in Eastern Guatemala: A conceptual framework. *Latin American Research Review* 43 (3):109-136.
- Metz, B.E. 2006. *Ch'orti' Maya Survival in Eastern Guatemala: Indigeneity in Transition*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Metz, B.E. 2009. Las 'Ruinas' olvidadas en el área ch'orti': apuntes para una historia de la violencia en el oriente de Guatemala. En *Guatemala: Violencias Desbordadas*, editado por J. López García, S. Bastos y M. Camus, pp. 65-92. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba.
- Metz, B.E., L. Mariano Juárez y J. López García 2010. The violence after la violencia in the Ch'orti' Region of Eastern Guatemala. *Journal of Latin American and Caribbean Anthropology* 15 (1):16-41.
- Murales Bautista, M. 2005. *Feminicidio en Guatemala: Crímenes contra la Humanidad*. Bancada URNG del Congreso de la República de Guatemala, Ciudad de Guatemala.
- Nielsen, A.K. 2014. *Managing the Threat of Violence in Guatemala. Violence as Part of Women's Everyday Lives*. Tesis de Master of Philosophy in Anthropology of Development, Department of Social Anthropology, University of Bergen, Bergen.
- Nordstrom, C. y A.C.G.M. Robben (eds.) 1995. *Fieldwork under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*. University of California Press, Berkeley.
- Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala (ODHAG) 1998. Guatemala, Nunca Más. Informe del Proyecto Interdiocesano de Recuperación de La Memoria Histórica. ODHAG, Ciudad de Guatemala.
- Raffles, H. 2002. Intimate knowledge. *International Social Science Journal* 54 (173):325-335.
- Reguillo, R. 2007. Invisibilidad resguardada: violencia(s) y gestión de la paralegalidad en la era del colapso. *Revista de Crítica Cultural* 36:6-13.
- Remijnse, S. 2002. *Memories of Violence: Civil Patrols and the Legacy of Conflict in Joyabaj, Guatemala*. Rozenberg Publishers, Amsterdam.
- Restrepo, J.A. y A. Tobón García (eds.) 2011. *Guatemala en la Encrucijada: Panorama de una Violencia Transformada*. Secretariado de la Declaración de Ginebra en Colombia, Bogotá.
- Riles, A. 2011. *Collateral Knowledge: Legal Reasoning in the Global Financial Markets*. University of Chicago Press, Chicago.
- Rivero Jiménez, B. 2018. Violencia(s) en tránsito: México y el triángulo norte centroamericano. Reflexiones desde una experiencia de cooperación. En *Cooperación al Desarrollo (I) Debates Contemporáneos*, editado por J. Chaves Palacios y L. Mariano Juárez, pp. 145-160. Anthropos, Barcelona.
- Rodgers, D. y B.O'Neill 2012. Infrastructural violence: Introduction to the special issue. *Ethnography* 13 (4):401-412.
- Samayoa, V. 2009. Violencias y estigma: ¿Viejas o nuevas modalidades de ejercicio del poder en el contexto de la globalización. En *Guatemala: Violencias Desbordadas*, editado por J. López García, S. Bastos y M. Camus, pp. 367-392. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba.
- Sanford, V. 2008. *Guatemala: del Genocidio al Feminicidio*. F&G Editores, Ciudad de Guatemala.
- Scheper-Hughes, N. 1997. *La Muerte sin Llanto. Violencia y Vida Cotidiana en Brasil*. Ariel, Barcelona.
- Schirmer, J. 1998. *The Guatemalan Military Project: A Violence Called Democracy*. University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- Smith, T.J. y T.A. Offit 2010. Confronting violence in postwar Guatemala: An introduction. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology* 15 (1):1-15.
- Stoll, D. 1993. *Between Two Armies in the Ixil Towns of Guatemala*. Columbia University Press, New York.
- Stoll, D. 2008. *Rigoberta Menchú y la Historia de Todos los Guatemaltecos Pobres*. Unión Editorial, Madrid.
- Taussig, M. 1995. *Un Gigante en Convulsiones: El Mundo Humano como Sistema Nervioso en Emergencia Permanente*. Gedisa, Barcelona.
- Viceministerio de Prevención de la Violencia y el Delito del Ministerio de Gobernación de Guatemala/InfoSegura PNUD 2019. *Encuesta Nacional de Percepción de Seguridad Pública y Victimización en Guatemala 2018*. USAID, PNUD, Ministerio de Gobernación, Ciudad de Guatemala.
- Wacquant, L. 2001. *Parias Urbanos: Marginalidad en la Ciudad a Comienzos del Milenio*. Manantial, Buenos Aires.
- Wesley-Esquimaux, C. 2007. La Transmisión Intergeneracional del Trauma y el Sufrimiento Histórico. *Asuntos Indígenas* 4 (7):6-11.
- Wieviorka, A. 1998. *L'Ère Du Témoin*. Plon, París.

Notas

- Los Acuerdos de Paz son una docena de acuerdos que fueron suscritos por el Gobierno de la República de Guatemala y la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca -URNG-, entre 1991 y 1996, para alcanzar soluciones pacíficas a los principales problemas que generó el Conflicto Armado Interno. La firma del acuerdo final y definitivo se llevó a cabo el 29 de diciembre de 1996 en el Palacio Nacional de la Cultura.
- El concepto "continuum de violencia" se ha empleado con suficiencia para definir los contextos públicos y privados donde varios tipos de violencia permean las vidas cotidianas de los sujetos, como se muestra en trabajos como el de Kelly (1988) sobre la vida cotidiana de mujeres guatemaltecas.
- Por ejemplo, de acuerdo con Procuraduría de los Derechos Humanos (PDH), en el contexto de la violencia en el transporte se han registrado desde el 2010 un total de 2.149

personas asesinadas, de las cuales 574 eran usuarios, 566 pilotos de autobuses y 237 ayudantes. El diario *The Sun* publicó una lista con las profesiones más peligrosas del mundo y, en 2013, la ganadora de este particular ranking fue la de conductor de autobuses en Guatemala. A partir de la firma de los Acuerdos de Paz, la curva del impacto de la violencia no ha dejado de ascender y, por ejemplo, de los siete asesinatos por día en 1996 se ha llegado a algo más de 17 en 2008 (Samayoa 2009) en el que habría que incluir las cifras de desaparecidos, secuestros y violencia sexual. En el año 2015, fueron practicadas 5.677 autopsias, con un total de 33,84 homicidios por cada cien mil habitantes. En el año 2018, 246 personas fueron detenidas por homicidio, 29.992 fueron víctimas de violencia intrafamiliar y se denunciaron un total de 56.864 delitos contra la mujer (Instituto Nacional de Estadística de Guatemala 2019). El principal periódico de Guatemala, *Prensa Libre*, ampliaba en la descripción de esos números: “La estadística también informa sobre 36 cadáveres que fueron decapitados o desmembrados, entre los que hay 22 víctimas masculinas, 13 femeninas y una cuyo sexo no fue determinado debido al grado de descomposición”. La Guatemala contemporánea es uno de los países más violentos del mundo (Benson 2008) y a tenor de las cifras (McNeish y López Rivera 2009), es difícil llamar a estos años tiempos de paz. No parece que casi tres décadas después, aquella lejana esperanza tenga mucha cabida en la Guatemala del presente.

- 4 La etnografía que sustenta este texto está presentada a partir de viñetas que tienden a ser vagas y difusas. Se trata de un ejercicio experimental y deliberado de representación etnográfica que persigue ofrecer al lector una inmersión en esa cotidianidad de formas de desborde. Tal y como se ha señalado en las dos últimas décadas (Faubion y Marcus 2009), el espacio y el tiempo del trabajo de campo puede ser diverso, y diversas pueden y deben ser las formas de representación. En las palabras del propio Marcus (2013), “*find its way to both its traditional and new subjects at the ethnographic scale (face to face, everyday) in which it is committed to work. This task was more than just recontextualizing or renarrating the scenes or locations where ethnography could be done. It meant literally moving in scapes or flows, reinventing the concept of the field, reproblematising the traditional object of study, and exploring new ones*”. El ya clásico concepto de “third spaces” (Fischer 2003) que intentan desarrollar herramientas de traducción y mediación para ayudar a hacer visible la diferencia de intereses, acceso, poder, necesidades, deseo y perspectiva filosófica. Esta dilución de la violencia en espacios y tiempos anónimos persigue encuadrar los debates teóricos que se abordan con la posición privilegiada -en tanto que limitada- del etnógrafo en aquellos campos vistos tradicionalmente como “campos de minas”, contribuyendo a lo que Riles (2011) llama “Collateral knowledge, que pretende repensar, adaptar y promulgar el método etnográfico de una forma novedosa

que implica un cálculo, un reconocimiento y una práctica diferentes de las relaciones entre antropólogos y sujetos.

- 5 Quizás no sea el término más preciso. De acuerdo con la RAE, el desdén es la “indiferencia y desprecio que denotan menosprecio”. No hay menosprecio por la violencia, al menos en un sentido literal. El lector me perdonará su uso, a modo de contraste, para ubicar los polos emocionales y sentidos en los que se mece esta intersubjetividad derivada del contexto actual de violencia desbordada. Es, intuyo y como defiendo en el texto, un contexto aún no-incoado en términos teóricos.
- 6 Una gran parte de los trabajos que han abordado el escenario contemporáneo de las violencias en Guatemala han creído encontrar en sus formas y significados el poso heredado del terror durante los años del conflicto armado y las cicatrices de la memoria de la violencia política, simbólica y estructural, de décadas anteriores, documentos del horror, sus intensidades y sus formas (Burgos-Debray 1983; Carmack 1988; Le Bot 1995; Stoll 1993).
- 7 Las PAC fueron reconocidas legalmente con el Acuerdo Gubernativo 222-83 del 14 de abril de 1983. Sin embargo, desde 1981 se habían empezado a organizar en varias regiones del país grupos de autodefensa civil, y desde 1982 actuaron en forma coordinada con los planes de campaña del Ejército Victoria 8 y Firmeza 83, bajo el nombre de Patrullas de Autodefensa Civil (Informe *Guatemala, Memoria del Silencio*). Según el Informe *Guatemala, nunca más* (1998), las PAC estuvieron involucradas en asesinatos (3,4%), tortura y otros tratos crueles (2%), desaparición forzada (1,82%), detención irregular (1,8%) y amenazas (1,18%).
- 8 El sufrimiento social es el resultado de lo que el poder político, económico e institucional hace a la gente y, recíprocamente, de cómo esas mismas formas de poder influyen las respuestas a los problemas sociales. Bajo la categoría de sufrimiento social se incluyen situaciones que a menudo se dividen en ámbitos separados, situaciones que implican simultáneamente salud, bienestar y cuestiones legales, morales y religiosas. Como discuto a continuación, estos enfoques resultan tremendamente enriquecedores en la medida en que sirven como herramientas de un discurso falsario que intenta relatar el asunto de la violencia en términos individualistas, pero corre el riesgo de focalizar al investigador solo en aproximaciones históricas, asunto que aquí se pone en cuestión.
- 9 La creciente sensación de inseguridad y las expresiones y representaciones de una violencia desbordada parecen ligarse con la clásica definición de la “des-pacificación de la vida cotidiana” (Wacquant 2001) o el argumento de Taussig (1995) sobre la “cultura del terror” y la aparición de un “espacio de muerte” que normaliza la muerte y la tortura y silencia la oposición. Pero este proceso contemporáneo de violencia desbordada va más allá: se produce un proceso de in/violentación de los espacios sociales sin que se vislumbre un tiempo futuro de cambio. Pareciera que ese desdén formara parte de las prácticas de resistencia.

